

## MADERO EN LA HISTORIOGRAFIA DE LA REVOLUCION MEXICANA

Ignacio Solares  
*UNAM*

**T**oda atención es un pararrayos. Por eso no es de extrañar que, una vez en el terreno — ¿elegido hasta dónde conscientemente? —, converjan hacia uno fuerzas aparentemente inconciliables, insospechadas, hiperbóreas. Lo más atractivo — y divertido por supuesto — del acto de escribir, es ese concilio de elementos extraños — ¿llegados de dónde? — a partir de una simple idea, una apuesta — Drácula y Frankenstein, nada menos, surgieron de una apuesta literaria —, un proyecto difuso, una línea, una imagen, un sueño. ¿Pero cómo, por qué tenía que ocurrírseme a mí esto? es, me parece, una pregunta más estimulante que la pretenciosa afirmación: se me ocurrió a mí y nada más que a mí, como si de veras fuéramos dueños de procesos que, como el sueño, como los sueños, se dan mejor sin la intervención de nuestra voluntad absoluta. Prefiero creer que existo porque algo o alguien me piensa, más que porque yo pienso. Podría hasta extenderlo a la escritura, ya que por donde van a pasar los hechos pasan antes las palabras, y decir: algo o alguien me piensa, luego escribo, en lugar del pienso luego escribo lo que es, así de entrada, metemos de cabeza en el terreno que quiero tocar: el del Presidente Francisco I. Madero en la historiografía y de la Revolución Mexicana y en la escritura misma.

Lo primero que me atrajo de Madero fue su absoluta fe en que era poseído por un espíritu al practicar la escritura automática: el espíritu de su hermano Raúl, muerto a los cuatro años al meter la punta de un carrizo en la lámpara del comedor de la hacienda en donde vivían y rociar sus ropas con el queroseno ardiente. ¿Por qué aquel niño? ¿Por la pena infinita que le causó su muerte? Madero era un hombre profundo, enfermizamente sentimental (lloraba casi por cualquier motivo), y cada vez que lo recordaba, decía, se le estrujaba el corazón. ¿Hasta esa injusticia de la muerte prematura de su hermano quería remediar y que su vida no vivida se realizara en él?

Bastaba que tomaras la pluma — digo en mi libro sobre Madero — y lo llamaras. Tu mano empezaba a desplazarse por sí sola. Qué maravillosa sensación. No ser tú; mejor dicho, no ser sólo tú, porque en la escritura estaba también él. En cada palabra se manifestaba y así, al ser tú y él quienes escribían, resultaba que tú eras más tú que nunca. El y tú, así como ahora hablamos tú y yo. Yo: tú: él. Tu pluma operaba el milagro: restablecía un orden olvidado en el que la muerte no existe.

Por eso cuando descubrí que Madero era un medium escribiente y cifraba buena parte de sus decisiones — las fundamentales por lo menos — en los dictados de los espíritus, me pareció que había encontrado a un personaje fascinante, casi más literario que meramente histórico. Madero, literalmente, se puso en manos de la escritura, se dejó llevar hasta la muerte, hasta casi ir contra sí mismo, por las letras redondas y apretadas, en ocasiones casi ilegibles, que plasmaba temblorosamente en unas libretas de hojas rayadas y tapas duras y azules. Libretas que, como era de temerse, guardó celosamente la catoliquísima familia durante años. Pero no sólo la familia, a sus historiadores también les pareció que sus prácticas espiritistas demeritaban la imagen del Apóstol de la Democracia. Así, se le convirtió en un héroe de piedra, inamovible, y lo que es peor, mutilado. Porque la verdad es que a Madero no lo entendemos ni política ni humanamente, sin su fe y su entrega a esos dictados. En una página de su diario dice: “Me he pasado el fin de semana tomando dictados. Escribo y escribo, casi durante todo el día. Es como si no lograra traducir el mensaje que me envían y debo tomarlo una y otra vez”.

Como si no lograra traducir el mensaje que me envían: casi como un poeta romántico. Y hablamos de un hombre que desencadenó una Revolución y fue Presidente de México.

Echemos un rápido vistazo a tan curiosa posesión. A fines del siglo pasado, a los veintisiete años, Madero regresó de Europa y se instaló en una hacienda de su familia en el norte del país, donde puso en práctica con particular éxito sus estudios de agricultura. Tenía unas doscientas hectáreas sembradas de algodón y frutales y construyó una presa que irrigaba la mayor parte de sus tierras; además, proyectaba otros negocios diversos de enorme remuneración económica, como una compañía jabonera, una fábrica de hielo, acciones, terrenos, cría de ganado, etcétera. Sus peones tenían fama de ser los mejor tratados y pagados de la región. Con su novia, Sara Pérez, había formalizado su relación. Fumaba, bebía y se jactaba de ser muy buen bailarín. De pronto, todo ese mundo se resquebrajó cuando Madero se descubrió medium escribiente. Unos años antes, en París, había asistido a sesiones espiritistas y leyó con avidez las obras de Allan Kardec, pero una noche se transformó de mero espectador en actor, al practicar la escritura automática y descifrar su mensaje oculto. Los placeres de esta tierra palidecían, desminuidos, como dismimuida y pálida sería la luz de una lámpara eléctrica al recibir, de lleno, la luz del sol.

Desengáñate, nunca podrás llevar una vida simple: este mundo es como una prisión a la que has venido a purgar tus faltas por medio del dolor y del trabajo humilde.

Y unos días después:

Sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has visto el precipicio hacia donde se dirige tu patria. Cobarde de ti si no la previenes... Has sido elegido por tu Padre Celestial para cumplir una gran misión en la tierra.

Y aun le dictaron una verdadera premonición: el desenlace de la Decena Trágica, de 1913, cuando Madero se entregó en manos de Victoriano Huerta, quien terminaría asesinandolo.

De los espíritus superiores siempre guarda recuerdo la historia y son entonces sus grandes hombres, sus héroes. Héroes que, sin remedio, han derramado su sangre por la salvación de su patria.

Hay también un párrafo que impresiona: muestra en forma transparente la actitud de Madero a partir de esos momentos y delinea ya a su sombra: Victoriano Huerta. “Los hombres que como tú han tenido una misión así en el mundo han, finalmente, condescendido a los fanáticos que los han martirizado y les han dado la muerte. Empieza a perdonar a quien te sacrificará”.

Es el conocimiento de esos dictados, repito, el que nos permite entender algunas frases posteriores de Madero, como la que le dice a sus amigos revolucionarios en diciembre de 1910:

Apenas triunfe el movimiento armado, espero perder la vida, no importa cómo, porque una revolución, para que sea fructífera, debe ser bañada en sangre.

¿Qué le había quedado para entonces del pacifista, del vegetariano que anhelaba reducirse a practicar el misticismo? Madero vivió siempre en esa eterna contradicción entre el místico y el hombre de acción, entre el pacifista y el político, el optimista que, sin embargo, “sabía” — él mismo lo había escrito — lo que iba a sucederle. Y por ello es que resulta aún más absurdo que otro de sus historiadores más prestigiados, Aguirre Benavides, en su libro *Madero el immaculado*, cuyo título es ya de lo más sugestivo, afirme apenas en las primeras páginas: “Madero fue un hombre sin contradicciones, de una sola pieza”, lo que no sólo lo mutila, sino que lo priva de la dimensión trágica que lo caracterizó, siempre apuntalada por su irremediable ambivalencia, otro elemento literario apasionante. ¿Podría haber sido de otra manera si, literalmente, Madero vivía entre dos mundos: el de lo dado y el de lo inventado por él a través de una escritura mágica? Veamos esa ambivalencia, por ejemplo con Emiliano Zapata: otro de los puntos oscuros en la trayectoria política del Apóstol de la Democracia. Por una parte, los maderistas se niegan a reconocer

que Madero haya traicionado a Zapata y por la otra los zapatistas, como Womack, ofrecen pruebas concluyentes de que sí lo traicionó. Unos y otros nos los muestran como personajes de alguna manera antagónicos. Yo pienso que a pesar de las diferencias que hubo entre ellos, en el fondo eran profundamente afines. Prueba de ello es que cuando Madero estaba a punto de caer, Zapata le ofreció refugio por sus rumbos. Esto apenas lo mencionan maderistas y zapatistas y me parece un dato determinante para entenderlos a uno y a otro. Un enviado de Zapata, Timoteo Andrade, lo visitó en Palacio Nacional el dieciocho de febrero de aquel trágico 1913, apenas cuatro días antes de que Huerta lo mandara asesinar. Según contará Bonilla, ministro de Fomento del gobierno de Madero, éste se emocionó profundamente (hasta las lágrimas) cuando se habló de una reconciliación con Zapata, quien le ofrecía dos mil hombres en el sur y cuanta ayuda pudiera necesitar. Después, Madero sostuvo una reunión con los senadores, que iban a pedirle su renuncia, y de la cual hay una versión taquigráfica, citada por el historiador Alfonso Taracena:

Contrasta la conducta de ustedes, señores senadores, con la de Zapata, que me ofrece dos mil hombres en el sur.

Y también Taracena dice:

El licenciado Federico González Garza, gobernador del Distrito oyó hablar de un emisario enviado por Zapata al señor Madero para invitarlo a luchar contra el enemigo común.

El enemigo común. Al final los dos grandes personajes de la Revolución Mexicana parecían unirse a pesar de las ambivalencias mutuas. Sin embargo, pocos historiadores mencionan el pasaje y John Womack, el gran especialista del zapatismo, dice:

Aunque circularon rumores de que Zapata y De la O habían decretado un armisticio provisional para ayudar a los leales, y aunque algunos observadores creían inclusive que Zapata estaba ofreciendo protección y refugio a Madero, evidentemente no se había hecho tal trato y ni siquiera se había intentado realizarlo, pues en aquellos días de angustia los jefes no se reunieron en junta, ni tomaron decisiones.

Y Womack pone una nota al pie de página que dice: “Para esta leyenda, véase por ejemplo, Bonilla...” ¿Por qué leyenda? En la reunión con Timoteo Andrade estuvieron presentes Bonilla, entonces ministro de Fomento, el mencionado González Garza y García Peña, ministro de Guerra. “Andrade estaba seguro de que Zapata no le tenía rencor al Presidente Madero y lo ayudaría”, dice Bonilla. ¿Es una de las afirmaciones por las que Womack tenía que rechazar el pasaje? ¿Y la versión taquigráfica de la reunión con los senadores? ¿Mintió

Madero al decir que Zapata le ofrecía dos mil hombres en el sur? ¿Y el testimonio de González Garza? ¿A quién creerle y a quién no?

Este es un ejemplo de los retos que ha de enfrentar el novelista que aborda la historia. Quizá, la ventaja del novelista es que puede colocarse en un intervalo, como dice el poema metafísico hindú *Vijnana Bhairava*:

En el momento en que se perciben dos cosas, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas, entonces, en ese intervalo, resplandece la Realidad.

Proposición que tampoco le hubiera disgustado al propio Madero, también tan amante de lo hindú. Porque, además, a cada paso va el lector común a toparse con ese tipo de contradicciones en los textos históricos sobre el maderismo (y supongo, en la historia en general). Veamos otro ejemplo, igualmente contradictorio y, casi inexplicable tratándose de testigos presenciales. Se dice (Sánchez Azcona, Urquiza...) que después del intento frustrado de los primeros enviados de Huerta para aprehender a Madero en su despacho de Palacio Nacional, éste salió a un balcón a arengar a grupos de rurales reunidos en la calle de Acequia:

Soldados — les gritó Madero —, acabo de sufrir un atentado del que venturosamente salí ileso, pero el enemigo está aquí mismo en el Palacio. El gobierno legítimo de la República está en peligro y requiere la cooperación inmediata de los soldados leales y dignos. Con la ayuda de ustedes hemos de triunfar. ¡Viva México!

La gritería de los rurales atronaba el espacio. Requirieron sus armas y gritaban: “¡Viva Madero! ¡Viva el supremo gobierno!”, nos cuenta Sánchez Azcona, secretario particular de Madero. Sin embargo, véase el contraste con la versión que de tales hechos da Vasconcelos:

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero.

Totalmente desiertas... ¿Qué hacer entonces? ¿Quién miente? ¿Quién dice la verdad? ¿De tales contradicciones está hecha nuestra historia, nuestra vida? Por eso digo que la ventaja del novelista — no le queda más remedio — es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia. Escoger la versión que más convenga a la novela, siempre desde ese intervalo en el que resplandece la realidad y la imaginación. Y me pregunto si no será de veras lo imaginativo, a partir de acumulada la suficiente información, lo que nos permitirá reconstruir la realidad tal como fue... o como debió haber sido. El novelista cree siempre que lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos. Lo simbólicamente verdadero más que los datos

escuetos y fríos. Por eso pienso que es a partir de ese Madero espiritista, contradictorio, sentimental, con una entrega absoluta a la escritura automática — lo que es decir a la escritura en su mejor sentido posible — y a la causa democrática en la que creía, que podemos entender mejor al personaje y la historia misma de la Revolución Mexicana.